



# Resistencias y memorias de maternidades rebeldes y niñeces *otras* frente a la neocolonización

**Angélica Rico Montoya**

Universidad Rosario Castellanos, Ciudad de México, México

<https://orcid.org/0000-0002-4743-2615>

La investigación colaborativa con maternidades y niñeces indígenas implica acercarse a la desigualdad social, la muerte materna durante el parto y la desnutrición infantil, pero también a la dignidad, la insurgencia, y las prácticas de resistencia.

La presencia de las mujeres como milicianas, promotoras y comandantas con el rostro cubierto y un bebé cargando a la espada en diferentes eventos públicos – e incluso en los cinturones que rodearon sus comunidades y campamentos de desplazados para detener el avance del ejército federal en enero de 1998, después de la Masacre de Acteal ocurrida en 1997 – no sólo representan momentos aislados en la historia del zapatismo, sino que son imágenes cotidianas de participación política de las infancias, las juventudes y las maternidades.

Aunque hay una gran cantidad de estudios que han constatado el trabajo político, social y cultural de las mujeres zapatistas para transformar las condiciones de pobreza y de violencia en la que sobreviven sus comunidades, no suele ponerse demasiada atención en una de las principales subjetividades de la gran mayoría de las mujeres base de apoyo del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), su maternidad y la forma en que ellas hacen de ésta una construcción política, social, cultural y de resistencia frente a la guerra.

Esta paradoja, quizá sea debido a que la lucha de las maternidades zapatistas, transgrede algunas concepciones construidas desde occidente en torno a la maternidad, en las que se le entiende como una construcción patriarcal que constriñe el cuerpo de la mujer y le impide su emancipación, sin considerar que desde la maternidad también se puede hacer política. Las mujeres-madres zapatistas no sólo enfrentan al sistema neoliberal y proyectos extractivistas que buscan despojarlas de sus territorios y su cultura, sino que al interior de sus comunidades y familias han desarrollado una serie de luchas y propuestas para construir condiciones y relaciones más equitativas para ellas y sus familias.

Siendo el hogar el primer espacio de socialización en el que el niño y la niña empiezan a aprehender su mundo y, al ser la madre la primera y más duradera relación socioafectiva que se establece con “el otro”, la relación madre-hijo/a refiere a una interacción de dos subjetividades, que comparten un mismo contexto, pero se configuran y resignifican a partir del diálogo y sus experiencias.

Este artículo consta de seis apartados en el primero se explica porque se opta por la postura decolonial para acercarse a la intersubjetividad madre-niño, en el segundo se analiza la colonización indígena y la contrainsurgencia genocida y en el tercero se revisan diferentes estudios en torno a las resistencias de mujeres y niños ante la guerra. En los tres apartados posteriores, de corte más etnográfico, se centra la atención en los relatos de las mujeres-madres y sus hijos.

## Colonialidad y decolonialidad en las maternidades y niñeces

El desgaste físico y psíquico que representa la guerra y la pobreza en el cuerpo del niño y de la mujer es medible, sin embargo, el sufrimiento causado por las pérdidas sólo puede ser imaginado por quien ha vivido la muerte de un hijo por desnutrición, la guerra o a causa de un desplazamiento forzado.

Es en este sentido que se recurre a los estudios decoloniales revisados por Hernández y Canessa (2012), para dialogar críticamente con los feminismos de la periferia, los cuales a decir de Ávila (2004), se oponen a ideas feministas de corte individual y liberal de Occidente en los que la maternidad ha sido reducida a la idea tradicional y hegemónica de la madre abnegada, capaz de abandonar sus aspiraciones personales y profesionales por cumplir con su rol como encargada de la familia y reproductora de su sociedad dejando fuera del análisis otras formas de ser madre y prácticas de crianzas culturales diversas. Esta visión hegemónica sobre la maternidad ha dejado fuera las voces de muchas mujeres-madres, y por supuesto, las de las niñas siendo que, al lado de las mujeres, la niñez es uno de los sectores más vulnerados, silenciados y excluidos de la toma de decisiones en el espacio privado y público (RICO, 2019).

La maternidad como construcción sociocultural y política se construye y se transforma de sociedad a sociedad. Acercarse a la intersección mujeres-madres-indígenas-zapatistas desde una posición decolonial permite reconocer una multiplicidad de identidades, contextos y tomas de conciencia de mujeres que han resignificado su subjetividad participando activamente en la resistencia y la construcción de una sociedad más justa y equitativa para ellas y sus hijos, sin renunciar a su cosmovisión. Muestra de esto es que, para la estrategia militar, la maternidad rebelde se convirtió en un objetivo estratégico de la contrainsurgencia, por representar la continuidad de la cultura y organización.

De la misma manera en que la postura decolonial sirve para revisar a la maternidad, esta posición epistémica permite romper con la idea hegemónica del niño como individuo en construcción y objeto de protección, para entablar un puente con el nuevo paradigma de la infancia en el que se comprende al niño como sujeto social, político e histórico capaz de participar e incidir en la organización comunitaria (RICO, CORONA Y NÚÑEZ, 2018).

Las niñeces indígenas no están aisladas del contexto político y cultural al que pertenecen, sus interacciones son fundamentales en los procesos autonómicos y productivos, así como en la transformación social de sus pueblos. Como sujeto social, el niño constituye un condensador histórico y recreador de la memoria, por lo cual, su voz tiende a ser polifónica. Los recuerdos y experiencias de la infancia no sólo expresan su pensamiento individual sino todo su mundo y el tipo de relaciones que establecen con los demás (RICO, 2019).

## De la colonización a la colonialidad. Género y contrainsurgencia

La colonización de la población mesoamericana en el siglo XVI estuvo caracterizada por el sometimiento y exterminio de grandes sectores de la población, a través de la guerra, la vejación de mujeres y la trata de esclavos. En este sentido, la guerra y la conquista territorial y ontológica tuvo sus principios en la idea de raza, la supremacía de la religión y cultura de occidente, convirtiéndose el racismo, la deshumanización del otro y la subordinación de los pueblos originarios, sus territorios y conocimientos ancestrales en prácticas cotidianas en las relaciones de poder racial, patriarcal, capitalista y extractivista.

La colonialidad construye, desde el poder, una mirada hegemónica que excluye discrimina e invisibiliza la diferencia. Mientras la colonialidad del poder refiere a las modernas formas de explotación/dominación, la colonialidad del ser se inserta en la experiencia de la colonización vivida los valores y relaciones de poder (QUIJANO, 2014).

Esta larga historia de colonialismo en América ha creado una tendencia por parte de los mestizos-criollos a pensarse superiores y representar al pueblo indígena como “un ente menor”. El colonizador, el finquero y el Estado han promovido la infantilización de la población indígena, por lo tanto, la posibilidad de decidir por y sobre ella, pasando de la colonización como un proceso económico y político externo a la colonialidad como un proceso de apropiación e internalización de los colonizadores y de los colonizados.

Para que los colonizados no sólo sean subordinados, sino que reproduzcan esta subordinación por largos períodos históricos es necesaria la producción de modos de objetivación y subjetivación que argumenten, legitimen y ‘naturalicen’ su posición social desventajosa (FERNÁNDEZ, 2008, p. 54).

El componente colonialista en los conflictos armados no se contenta con apretar al pueblo entre sus redes, sino que busca la destrucción total del dominado, tal como puede observarse en el conflicto en medio oriente, en el que la inteligencia militar israelí no sólo pretende acabar con un “grupo terrorista”, sino consumir un colonialismo de asentamiento que, a decir de Ramos (2021), conlleva la limpieza étnica, destruir con bombardeos indiscriminados la cultura, la historia y resistencia del pueblo *gazatie*, y por último, ocupar su territorio para extraer el gas y petróleo de sus costas. En este tipo de guerras neocolonialistas, la muerte de niños y mujeres no son daños colaterales, sino objetivos estratégicos de la contrainsurgencia.

Para dominar al enemigo, el primer paso es deshumanizarlo, reducirlo a números sin un rostro y sin una historia. En palabras de Fanon (1963/2001), “triturar la identidad cultural del dominado” (p. 38) y finalmente minar su moral para poder someterlo con la finalidad de eliminar a las nuevas generaciones de “posibles adversarios”.

A lado de la raza, como sugiere Olivera (2014), está inherentemente el género. En las crónicas de la Conquista de México Tenochtitlan, son evidentes las representaciones de los hombres indígenas como poco masculinos, obedientes e incapaces de defender a las mujeres, mientras las mujeres son representadas como sexualmente accesibles.

La conquista fue experimentada como un evento masculinizador, en el que los conquistadores españoles conscientemente marcaron a los indígenas derrotados en el estatus moral y jurídico de mujeres y tomaron como botín de guerra al cuerpo femenino (HERNÁNDEZ Y CANESSA, 2012, p. 64)

La colonialidad no sólo es territorial sino sociocultural, puesto que implica una relación de sujeto-objeto, en la que el propio cuerpo y la sexualidad femenina tiende a convertirse en un espacio simbólico de lucha política y la violación sexual se instrumentaliza como una forma de demostrar poder y dominación sobre el enemigo como señala Soriano (2006). La violencia de género y tortura sexualizada además de ser un mecanismo para someter a la mujer víctima, tiene el objetivo de desmovilizar y controlar a la población.

En el caso de Chiapas, la estrategia de contrainsurgencia implementada en el “Plan de Campaña Chiapas”<sup>1</sup> desde 1995 ha utilizado mecanismos militares, políticos, culturales, y psicológicos para aislar a los zapatistas y deslegitimarlos socialmente.

---

1 Plan de Campaña Chiapas 94. Disponible en <http://www.jornada.unam.mx/2011/02/04/opinion/025a1pol>.

La lógica de la guerra de conquista busca apropiarse de espacios físicos y simbólicos. Al lado de la colonialidad del saber y del ser, la colonialidad del poder y la omnipresencia del control es reforzada por los enfrentamientos en poblaciones civiles. En décadas anteriores, los militares y paramilitares fueron los encargados de implementar la contrainsurgencia en las comunidades rebeldes, sin embargo, durante la Pandemia grupos armados informales se posicionaron en el territorio, reconfigurando el espacio público y provocando desplazamientos, desapariciones forzadas y la paramilitarización de la vida cotidiana.

## Subjetividad y resistencia frente a la guerra

La contrainsurgencia implementada en Chiapas, debe ser entendida como parte del proceso colonizador neoliberal que no sólo busca desdibujar la historia y cosmovisión de las comunidades zapatistas, sino la posibilidad de futuro, por lo que se hace uso de estrategias encaminadas a suprimir a las siguientes generaciones de adversarios. A diferencia del grueso de la población que suelen mirar a los niños como individuos en formación, en el imaginario de los grupos armados y bajo la lógica genocida de la colonización, los niños y adolescentes son construidos simbólicamente como adversarios y/o potenciales aliados.

En Colombia, muchos niños/as y jóvenes que se han visto involucrados en el conflicto armado a causa del asesinato de sus padres, el desplazamiento o el reclutamiento forzado, construyen su subjetividad a partir de la venganza, la violencia, el miedo y/o angustia por la inseguridad que experimentan con sus familias, situación que les hace creer que están en peligro, como señala Ospina-Alvarado (2013). Otra dimensión analizada, es la ausencia de futuro, a causa de la cercanía con la muerte, los niños de un país en guerra no pueden imaginar cómo serán cuando sean grandes algunos ni siquiera creen que sea posible llegar a la edad adulta.

En el conflicto armado palestino-israelí, Punamäki (1990) pudo distinguir que mientras la reacción más característica para los niños palestinos que viven las agresiones de manera directa es el miedo a un objeto amenazador conocido, los niños israelíes experimentan la ansiedad frente a una amenaza indefinida. Ante el miedo pueden darse conductas activas de evitación o prevención que permiten si no superarlo, al menos afrontarlo. La ansiedad, por el contrario, provoca una alteración del ánimo, cuya permanencia degenera en tensiones paralizadoras (MORENO, 1991, p. 46).

Sin embargo, aunque la violencia marca las subjetividades, los seres humanos construyen “entornos de diseño” o “marcos culturales de significación” que les permite interactuar con el mundo complejo. Dichos entornos limitan o potencializan las actividades de resolución de problemas, manejo del estrés y capacidades de afrontamiento.

Estos marcos de significación permiten a los niños construir fantasías, juegos, dibujos para resistir la violencia, tal como lo analizó Martín-Baró en El Salvador, pero también “otras formas de resistencia psíquica más positivas como el desarrollo de un mayor control interno y el compromiso político con una causa” (MARTÍN-BARÓ, 1991, p. 239).

Igual que en El Salvador, Punamäki (1990) analizó la importancia de la claridad ideológica y el compromiso político para que el niño enfrente las circunstancias traumáticas de forma positiva. Muchas mujeres y niños palestinos conservan su identidad y resiliencia relacionándola con su compromiso político e ideológico con una causa que consideran

justa. Según Punamäki (1990, p. 97) “cuando la fuente del stress es de naturaleza política, la determinación ideológica de luchar contra los problemas explica mejor el aguante de los civiles, que la personalidad, la salud mental u otros determinantes individuales”. Así como la violencia y los miedos colectivos se incorporan a los miedos de los niños, la resistencia también se colectiviza.

La intersubjetividad madre-hija/o, a decir de Vila (1998), no presupone un conocimiento compartido sobre el contexto político, social y militar, sino la posibilidad de los sujetos de dialogar, actuar y negociar. De ahí la importancia de la formación y experiencia de la madre para reaccionar y sobrellevar los conflictos. Si frente a una experiencia de violencia, las mujeres-madres reaccionan con calma y de forma organizada, los niños experimentarán los hechos violentos de una forma menos traumática, contrario a lo que ocurriría si la madre reacciona con miedo y desesperación. Los procesos de subjetivación experimentados por las madres les permiten posicionarse frente a los sucesos violentos y, por lo tanto, compartir un proyecto político y de vida con sus hijos.

Participar en un proceso organizativo permite a los sujetos sentirse acompañados, encontrar sentido a los múltiples dramas que les rodean, e incluso, “les posibilita enfrentarse a la situación de una forma activa, lo que es menos angustiante que la continua espera de los que creen estar al margen del conflicto” (MORENO, 1991, p. 59). Las personas más activas políticamente parecen sentirse más protegidas por el ambiente general de lucha, puesto que el verdadero resiliente no es quien se adapta, sino el que está dispuesto a luchar por transformar las condiciones de vida que lo constriñen.

Las “Madres de la Plaza de Mayo”, en Argentina, son otro caso paradigmático de resiliencia comunitaria; además de denunciar el horror de la dictadura militar y contribuir a su desgaste, la participación política de las mujeres-madres significó su sostén.

El pensamiento crítico que producían y su conducta, repercutía positivamente sobre su autoestima, su capacidad de relacionarse solidariamente con otros y hacerse fuertes en la afirmación de una pauta moral sin concesiones ... quisieron excluirlas, con el mote alienante de las locas de la Plaza de mayo presentándolas como ejemplos de desajuste. Y lo eran: entre el conflicto y la adaptación eligieron el primer camino (MELILLO, 2004, p. 87).

Es en este sentido que la dimensión política-pedagógica propia de los movimientos indígenas, contribuye al fortalecimiento de la identidad de niños y mujeres en los procesos de resistencia, tal como lo investigaron Corona y Pérez (2000) en Tepoztlán, México. En esta comunidad organizada en torno a la defensa de su territorio, los investigadores analizaron la relación entre las actitudes y sensibilidad de los niños para captar la situación política que les rodea con su capacidad para involucrarse activamente en el proceso. A este involucramiento activo de las niñas en la construcción de un conocimiento social y político, acorde con los valores culturales de su localidad, los investigadores lo denominaron “pedagogía de la resistencia”.

A pesar de la violencia política, la participación de la niñez en los movimientos indígenas permite comprender que los y las niñas no sólo pueden ser víctimas o victimarios, sino que son sujetos capaces de tomar decisiones y actuar en consecuencia. La construcción social del individuo “se hace a través de la relación que tienen con el otro, con sus familias y con los valores que son socialmente construidos por las costumbres y la cultura; aunque sean modificados, influidos, trastocados, y tergiversados por el conflicto armado” (OSPINA-ALVARADO, 2013, p. 38).

En el caso de Chiapas, por más de tres décadas los y las zapatistas han construido el territorio de la *resistencia-rebelde*, es decir, espacios físicos y simbólicos donde niños y adultos pueden reflexionar, construir aprendizajes colectivos y estrategias políticas, culturales y decoloniales de resistencia y de reparación. La resistencia-rebelde zapatista, no es una condición pasiva, de aguante y sacrificio, sino un proceso histórico y creativo que los ha llevado a construir un proyecto político y de vida alternativo (RICO, 2019).

A diferencia de otras formas de resistencia, la resistencia-rebelde pone su acento en la formación de sujetos políticos y la toma de conciencia. A decir de Maldonado (2002) “la resistencia existe porque en su ser incuba la liberación, de no ser así, no sería resistencia, sino supervivencia” (p. 218).

Para acercarse a estos procesos de resistencia y subjetivación política desde una postura decolonial, se realizaron una serie de entrevistas dialogadas a mujeres-madres, niños/as y jóvenes del Municipio Autónomo en rebeldía Ricardo Flores Magón<sup>2</sup>. Dichos relatos son historizados, es decir, se analizan desde el momento histórico en el que ocurrieron para comprender contexto político y social que les confieren sentido en el presente. En los siguientes tres apartados se hace énfasis en las narrativas de madres, niños y jóvenes zapatistas en tres momentos: “la clandestinidad y conformación del EZLN”, “el levantamiento armado vs. contrainsurgencia”, y finalmente, “las nuevas subjetividades rebeldes”.

## La niñez y la organización clandestina

La adolescencia de Amalia y las infancias de Gabriela y Manuela, colaboradoras de esta investigación, transcurrieron cuando la organización zapatista era incipiente y clandestina, tal como todos los niños indígenas, participaron en la lucha agraria, el reparto de tierras y la construcción de sus ejidos en la década de los años 70 y 80.

Mis papás tuvieron que sufrir mucho, llegaron cerca de la Arena, pero los sacaron los finqueros que dizque era de ellos, hasta papeles tenían... y pues como ellos tenían paga, el gobierno les daba la razón y los ejércitos a sacar a la fuerza a los pobres... sólo muerte.<sup>3</sup> (RICO, 2018, p. 184).

La socialización de los y las niñas de la selva, estaba marcada por la violencia ejercida por los “guardias blancas”, ejércitos privados organizados por los finqueros, quienes querían sus tierras, así como por el ejército mexicano y los escuadrones de la muerte provenientes de Guatemala, encargados de buscar a refugiados y guerrilleros.

Llegaban los kaibiles a buscar *guatemalas* que venían huyendo, escondían niños y muchachas, en los árboles como se las llevaban pues. Querían niños para soldados y mujeres pa’ divertirse. A mí me daban miedo, los kaibiles eran feos, malos, olían a sangre.<sup>4</sup> (RICO, 2018, p. 187).

---

2 Mariana, promotora de educación tsotsil de 23 años; Ana María, autoridad autónoma tseltal de 28 años; Teniente Gabriela, insurgente tseltal de 43 años; Manuela, responsable comunitaria tseltal de 43 años; y Amalia, responsable comunitaria ch’ol de 53 años.

3 Entrevista a la Teniente Gabriela.

4 Entrevista a Amalia.

Los *kaibiles* no sólo buscaban guerrilleros, como era la información oficial, sino que se llevaban mujeres jóvenes, como botín de guerra, y a los niños, utilizados para engrosar las filas del Ejército guatemalteco y de los paramilitares, respondiendo a prácticas políticas genocidas, cuya finalidad era controlar a las nuevas generaciones. “Entraban los policías y soldados a registrar las casas, buscar, armas, aparatos, camisas, botas, si son de Guatemala te las quitan o te matan. Se llevan niños de 6, 8 años para soldados” (RICO, 2018, p.188)<sup>5</sup>.

La presencia militar además de controlar todas las actividades productivas y culturales de los habitantes buscaba generar un clima de terror e inseguridad. La violencia no siempre está destinada al aniquilamiento, sino a la producción de subjetividad; es decir, a la destrucción emocional, psíquica y social de sus víctimas:

Quando tenía 5 o 4 años, ya había retenes en el camino. Cuando íbamos a Palenque mi mamá me agarraba de la mano, me ponía atrás de su falda, me daba su dinerito, ella pensaba que un federal no va a revisarme por ser niño. Algunos niños y jóvenes que no tienen identificación se los llevan.<sup>6</sup> (RICO, 2018, p.188).

En su narrativa de infancia, Pax describe la militarización de las comunidades, los soldados ponían retenes y revisaban constantemente a la población, bajo el pretexto de la deportación de los refugiados guatemaltecos. “Siempre me decían que no me metiera a la montaña, porque robaban niños, porque necesitaban la cabeza o entero para construir puente. Todos los niños tenían miedo” (RICO, 2018, p. 189)<sup>7</sup>.

A finales de la década de los ochenta se les repartió a todos los niños de la selva un “carnet de identidad mexicana”. Si algún niño o adolescente carecía de ésta, podía ser detenido y deportado a Guatemala, desaparecido o reclutado para el Ejército guatemalteco.

Ante este clima de confrontación cotidiana, comenzó a gestarse entre los pobladores la idea de la autodefensa. A la edad de 12 años, Gabriela tuvo su primer encuentro con los insurgentes y lo recuerda de la siguiente manera:

Sí ya había mujeres en la guerrilla...yo veía a algunas de lejos cuando pasaban, rumbo a la montaña sin mirar a nadie, serias, con paso firme, a mi mamá le daban miedo... se enojaba pues, me regañaba si las veía, y yo pues, las respetaba.<sup>8</sup> (RICO, 2018, p. 186).

En el relato de Gabriela se expresan dos posiciones contradictorias, mientras para su madre las mujeres indígenas armadas representaban una figura de miedo y enojo, quizá porque transgredían el papel tradicional de la mujer indígena. Para Gabriela, quien tendría unos 9 años, las insurgentes zapatistas eran mujeres dignas de respeto, quizá precisamente por lo mismo, por romper con el estereotipo de la mujer indígena. Años después, la propia Gabriela decidió irse a la montaña, para entrenar y ser insurgente.

---

5 Entrevista a Pax.

6 Entrevista a Pax.

7 Entrevista a Pax.

8 Entrevista a la Teniente Gabriela.



Cuando mi *bankil* (hermano mayor) se fue al EZLN me sentí muy contenta por él, pero triste por mí, cuando me contaba que le estaban enseñando a leer y a escribir. Yo lo escuchaba y me imaginaba muchas cosas bonitas, sentía la lucha en mí... lo mío era luchar, luchar por mi pobre pueblo que moría de hambre.<sup>9</sup> (RICO, 2018, p. 197).

“Sentir la lucha” para Gabriela fue el inicio de un largo y difícil proceso de subjetivación política. Ser insurgente no sólo representó un rompimiento con el rol tradicional de la mujer indígena, sino con su madre y sus enseñanzas. La participación política-militar de las mujeres además de visibilizar la discriminación estructural en contra de ellas y sus trabajos, comenzó a abrir caminos para que más niñas tuvieran acceso a la educación y a cargos políticos.

Al transformar su vida la teniente Gabriela contribuyó a transformar su entorno, siendo una de las primeras *insurgentes* de su región que participó en el Levantamiento armado de 1994 y apoyo la consulta en las comunidades para impulsar la *Ley revolucionaria de Mujeres* (EZLN, 1993).

## “Acabar con la semilla”, contrainsurgencia y neocolonialidad

Después de los 12 días de conflicto armado, la inteligencia militar determinó que la única forma de acabar con el apoyo social del EZLN era la contrainsurgencia, que tal como se ha explicado no pretende la eliminación física de los insurgentes, sino aislarlos y desmoralizarlos hasta que dejen de ser una alternativa. Es en este sentido que las mujeres empiezan a ser vistas un objetivo militar estratégico al ser ellas quienes “paren la siguiente generación de guerrilleros” (OLIVERA, 2014, p.387).

Este posicionamiento ideológico se hizo evidente con los ataques paramilitares y desplazamientos forzados de 14 comunidades del Municipio de Chenalhó, Chiapas; teniendo como clímax la “Masacre de Acteal”, el 22 de diciembre de 1997, cuando el grupo paramilitar “Máscara Roja” atacó organización civil “las Abejas” y asesinó a 19 mujeres, 14 niñas, 4 niños, 8 hombres y 4 “no nacidos” arrancados de los vientres de sus madres.

la metáfora del vientre materno- como “forjadora” de la patria, lugar del mestizaje, es también el lugar de la generación de los rebeldes, de la rebeldía [...] plantea que la violencia que se muestra en Acteal es parte de un largo proceso donde la muerte materna y control natal son los componentes de un etnogenocidio silencioso (MILLÁN, 2014, p. 85).

La masacre de Acteal respondió claramente a una táctica contrainsurgente en contra de las mujeres-madres organizadas, quienes simbólicamente ofrecían la continuidad de la organización, valores y cultura rebelde, tal como señala Hernández (1999), “matando a las mujeres se intentaba destruir un símbolo de la resistencia zapatista, matar la semilla» y, al lado de ellas, a las nuevas generaciones de adversarios.

---

9 Entrevista a la Teniente Gabriela.

además de la crueldad que significa para las mujeres presenciar la muerte de sus hijos menores o abrir el vientre de las embarazadas, se ha usado simbólicamente a la maternidad como forma de aterrorizar a la población, junto con las amenazas de los asesinos de que hay *que acabar con la semilla*. (OLIVERA, 2014, p. 392).

Dicha masacre se tiene que analizar a la luz de la “globalización de la tortura” en contra de las mujeres-madres la cual ha sido evidenciada en los conflictos centroamericanos y en conflictos de África, Oriente Medio y los Balcanes.

Para comprender el terror que generó un ataque de este tipo en las personas que lo vivieron y lo escucharon en voz de las víctimas, recurrimos al relato de Mariana quien vivió en situación de desplazamiento forzado a la edad de 6 años:

Llegamos miles a Polhío huyendo de los Máscara Roja, de los aviones. A los hermanitos de Acteal los agarraron orando, niños, mujeres...como animales, arrancaron bebés de la panza de su mamá, los pateaban en el suelo, algunos huyeron... niños huérfanos, madres sin hijos... tuvieron que dejar ahí en el suelo a sus muertos, contaban, lloraban las mujeres, gritando... fue un infierno.<sup>10</sup> (RICO, 2018, p. 266).

Aunque Mariana no vivió en carne propia “el infierno” ocurrido en Acteal, escuchó reiteradamente las experiencias de violencia narradas por las víctimas y, de cierta manera, experimentó su dolor. El dolor compartido, más allá de provocar en los oyentes un sentimiento de compasión, ofrece la posibilidad de comprender la experiencia, sentir con el otro y a través del otro.

Aunque Mariana, tiene actualmente 23 años, recuerda claramente el ataque paramilitar en contra de su comunidad y la forma en que la persiguieron:

Yo llegué de *Pokonichim*, estamos enfermos, heridos de bala ... con tos y frío. A los niños nos acomodaron en el suelo de la Ermita, querían que durmiéramos, pero pus cómo... cerraba mis ojitos y veía hombres persiguiéndonos, macheteándonos, sentía los aviones en mi cabeza, echando luces...van a echar bomba. Las mamás hablaban, pero quedito... querían que no escucháramos, pobrecitas... niños como éramos, sabíamos que querían matarnos... (RICO, 2018, p. 267).

Posterior a la experiencia de Acteal, los ataques paramilitares, la militarización y el desplazamiento forzado de las comunidades continuaron, pero se hicieron silenciosos y sigilosos, a decir de Hidalgo (2006) estas tácticas contrainsurgentes deben difundirse en los medios de comunicación como conflictos interétnicos.

Los paramilitares no sólo asesinan y obligan al desplazamiento forzado de comunidades enteras, sino que generan un clima de terror e inseguridad constante, que desgasta a las personas, resquebraja el tejido social de la comunidad, tal como le ocurrió a Manuela y sus 5 hijos quienes huyeron de «Viejo Velasco» en el 2005.

---

10 Entrevista a Mariana.

Salimos como a las 10 de Viejo Velasco, había lodo y frío, cargando con mis *kerem* y *ach'ich pisil* (niños) amenazaron con matarnos pues, ¿cómo nos quedamos? Ya habían matado a mi Antonio. Lo mataron los de Nueva Palestina, afuera de mi casa...lo mataron por ser zapatista. (RICO, 2018, p. 278).

La violencia y dolor generado por los ataques paramilitares afecta la subjetividad y sigue generando dolor, culpa y dudas en las víctimas, tal como lo expresa Manuela, quien, a más de 10 años del asesinato, no logra comprender por qué los paramilitares mataron y torturaron el cadáver de su esposo frente a su hijo, sin importarles que él tan solo tenía 8 años.

Regresaban de la milpa, eran como las 12 del día, en el camino le dispararon... Petul regresó llorando, todo lleno de sangre, gritando: ¡mataron a mi papá, lo mataron! Yo no sabía si era sangre de mi niño o de mi esposo... ¡lo abrace, lo revisé, le pedí que se calmara!, que me explicara qué pasaba, que le habían hecho a mi Antonio. (RICO, 2018, p. 280).

Los ataques paramilitares, tal como lo analizó Martín-Baró en El Salvador (1991), buscan infundir miedo a la población en dos sentidos: físico, con la eliminación pública personas que son un referente moral dentro de la organización y psicológico puesto que se pretende paralizar a todos los que se identifiquen con las víctimas, de ahí que dejaran vivo a Petul, como un testigo del horror y el dolor.

El asesinato de autoridades zapatistas es parte de una estrategia encaminada a lastimar el corazón de las comunidades, desmovilizar la acción y participación social, por medio de la *muerte selectiva*. Tres años después Manuela y sus hijos volvieron a experimentar un ataque paramilitar en contra del Consejo Autónomo.

Llegaron los paramilitares de San Antonio Escobar a matar al Consejo Autónomo, dispararon y machetearon, venían bien borrachos, pero cuando vieron a los insurgentes salieron corriendo.<sup>11</sup> (RICO, 2018, p. 284).

Petul lloraba, gritaba [...] nos encontraron, decía vienen por nosotros, hermanita, prepara tus cositas, nos vamos[...] la Marux también lloraba escondida bajo la mesa, [...] yo quería salir corriendo, pero mi mamá nos abrazó a todos, tranquilos decía no estamos solos, están los *compas de la montaña* (los insurgentes). Tenía razón, se huyeron, cuando vieron al Mayor Benito.<sup>12</sup> (RICO, 2018, p. 285).

Además del miedo que puede provocar en cualquier niño un suceso de esta índole, este acto fue un detonador de recuerdos y sentimientos dolorosos para los niños. La violencia es capaz de dejar su huella en el cuerpo de la víctima, provocando reacciones encontradas: mientras Marux lloraba escondida bajo la mesa, Petul quería preparar sus cosas para huir de nuevo. Petrona recuerda que se sentía contrariada frente a las actitudes y emociones que estaban experimentando sus hermanos mayores, pero a la vez se sentía confortada por los abrazos y palabras de su madre. La forma en que

---

11 Entrevista a Manuela.

12 Entrevista a Petrona.

Manuela tranquiliza a sus niños/as muestra la importancia de la organización para la familia. Saber que estaban cerca los insurgentes, generaba en ella cierto sentido de protección y tranquilidad que intentaba compartir con sus hijos/as a pesar del peligro latente.

La intersubjetividad de madres e hijos y las relaciones socioafectivas que tejen juntos permiten a las mujeres-madres luchar en condiciones adversas. Los niños con su amor, palabras de esperanza y alegría, pasan a ser tutores de resiliencia de sus madres y hermanitos:

Quando todo iba mal, con chismes por ser madre soltera, burlas por ser zapatista pues[...] la carita de Freddy, sus bracitos rodeando mis piernas, me daban fuerza. Ahora ya es un hombre (12 años) cuando me ve triste dice, échale ganas mamá, de por sí vamos a ganar.<sup>13</sup> (RICO, 2018, p. 358).

Si no tuviera a mis niños, no sé si viviría. La muerte de mi esposo duele [...] pero si los paramilitares, ese día hubieran matado a mi Petul, no sé [...] como resistir el dolor, cómo vivir yo y sus hermanitos sin él, sin su ejemplo.<sup>14</sup> (RICO, 2018, p. 358).

Las mujeres-madres de esta investigación han experimentado la violencia intrafamiliar, estructural y política desde su infancia, sin embargo, día a día, intentan cambiar estas condiciones revirtiendo las relaciones de poder en sus núcleos más cercanos. En este sentido, Amalia reconoce que ha habido transformaciones en las vidas de niñas: “[...] no puedo explicarlo, pero hay compañeras, niñas que sí pueden decir lo que yo siento, pienso, así la misma idea como mujer”.<sup>15</sup> (RICO, 2018, p. 205).

El largo proceso de lucha de las mujeres para vivir con dignidad además de ser reforzado por la “Leyes revolucionarias de las mujeres”, tuvo que ir acompañado de un arduo trabajo de concientización al interior de las comunidades y en las escuelas autónomas.

## NUEVAS SUBJETIVIDADES REBELDES

Las infancias zapatistas además de haber vivido por generaciones en contexto de violencia, colonización y contrainsurgencia, también han sido parte de un proceso, todavía en marcha, de liberación de sus pueblos, motivo por el que no pueden ser vistos como a los indígenas subalternos en las fincas, ni como los indígenas rebeldes que, en un acto desesperado, pero consciente, se levantaron en armas en 1994; sino que son parte de una niñez *otra*, que conoce sus derechos, su historia, reivindica su cultura, lengua y su derecho a la libre determinación como pueblo indígena.

Por el simple hecho de nacer y ser parte de una familia zapatista, niñas y niños son parte de un proyecto político alternativo y, por lo tanto, antagonistas de un sistema económico y político que los excluye y racializa. A la edad de 12 o 13 años, estos niños empiezan a asumir ciertas responsabilidades en su comunidad y hacer valer su voz en la asamblea,

---

13 Entrevista a Ana María.

14 Entrevista a Manuela.

15 Entrevista a Amalia.

por lo que no es extraño que, en algunos casos, decidan comenzar su participación política desempeñando algún cargo o servicio a la comunidad, como promotores de educación, de salud, derechos humanos o en algún proyecto productivo. Sin embargo, estas condiciones no implican que todos los niños que nacen en una familia zapatista al crecer asuman una posición política rebelde. Al igual que los adultos, hay niños y jóvenes que no se sienten parte del movimiento, por lo que tienen derecho a salirse de la organización, aceptar proyectos de gobierno u optar por la migración.

Los que deciden continuar con la lucha de sus pueblos inician, desde su infancia, un proceso de subjetivación, es decir, un camino en el que se “dan cuenta de las injusticias y asumen un punto de vista crítico frente a éstas, siendo constructor y actor de su propia vida” (ECHEVERRÍA Y LUNA, 2016, p. 40). En este sentido, el “ser zapatista”, más que una adscripción heredada, es una toma de conciencia, una posición política de las niñeces para situarse en el mundo y proyectarlo.

Siendo la memoria parte sustancial de la resistencia-rebelde y de la disputa por el reconocimiento de los pueblos, las experiencias de injusticia, miedo y violencia experimentadas durante la infancia no se interiorizan en la memoria colectiva indígena de forma pasiva, sino como un proceso vivo, que suele ser detonante para participar o no en el movimiento, tal como le ocurrió a Petul y Pax cuando fueron mayores.

Aunque Petul no quería ser autoridad como su padre, sino insurgente para proteger a su familia, actualmente es responsable comunitario, y recuerda que su padre antes de morir le dijo “los niñitos son las semillitas zapatistas que algún día florecerán en un mundo más digno para todos, por eso es importante trabajar y luchar juntos” (RICO, 2018, p. 282). Cuando se le preguntó a Pax, para que sirve la organización, después de un largo silencio reflexionó: “La organización sirve para darse cuenta pues de la explotación, del hambre, la enfermedad de nuestros pueblos. Para saber que tenemos derechos [...] que somos humanos pues” (RICO, 2018, p. 381).

Si uno de los objetivos de la contrainsurgencia neocolonizadora es “deshumanizar al enemigo”, arrancarles la posibilidad de pensar, soñar y decidir. La organización y formación política les hizo recordar a los y las zapatistas que tienen derecho a ser libres, soñar y vivir con dignidad.

Para el sistema-mundo capitalista-colonial “ser blanco” es equivalente a ser humano, ser «afortunado de la tierra», el negro, colonizado subjetivamente, quiere y desea ser blanco para poder ser humano, mientras el blanco quiere esclavizar a los no blancos para sentirse ser humanamente superior” (FANON, 1963/2001, p. 262).

Desde la perspectiva freiriana, el “ser humano” implica para el individuo ser agente transformador de su realidad y generador de procesos de liberación. La existencia humana, no puede ser muda y silenciosa, existir humanamente es pronunciar el mundo y modificarlo (FREIRE, 2003).

Los niños/as y jóvenes que colaboraron con esta investigación, al ser hijos de autoridades autónomas conocen el trabajo político de sus madres, por lo tanto, reconocen que la participación y la lucha por la autonomía requiere de sacrificios, tal como lo relata Freddy, hijo de Ana María:

Mi mamá es autoridad autónoma, es muy bonita e inteligente, ¿verdad? Escribe y habla muy bien, no le da pena hablar en el micrófono. A veces tienen que ir de pueblo en pueblo, explicando porque estamos resistidos, dice que hay que organizarse y luchar por un futuro mejor para nosotros [...] Me gusta que trabaje por el pueblo, pero [...] a veces la extraño y me siento sólo... A veces hablan mal de ella, yo sé que es mentira y la defiendo (RICO, 2018, p. 382).

En su relato Freddy expresa una serie de emociones contradictorias, aunque siente orgulloso por su madre, también siente tristeza y enojo porque no puede convivir más ella, ni detener los rumores en su contra por ser una mujer con trabajo político. Al igual que Freddy, Alma, hija de Gabriela, hace referencia a las burlas que ella y su mamá reciben por ser zapatistas: “Los niños de la escuela oficial se burlan de nosotras, dicen que mi mamá es una bruja... que no tiene esposo y sale a caminar en las noches, yo quiero decirles que no es una bruja que sale de comisión, pero cómo les digo pues, si es un secreto” (RICO, 2018, p. 384).

El silencio y los secretos para cuidar a sus madres, así como la resistencia ante las burlas es parte de lo que las niñas zapatistas tienen que sortear. Las habladurías, rumores y chismes en contra de las mujeres organizadas, más que ser una práctica cultural, es comprendida por las mujeres-madres como parte de la estrategia contrainsurgente que busca desmoralizar y acabar con su trabajo político. En este sentido, Ana María y su hijo Freddy tratan de no hacer caso a los rumores y mantener una buena comunicación en su núcleo familiar:

Cuando era chiquito iba a trabajar con ella a la Junta de Buen Gobierno (JBG), pero ya estoy cansado. No sé cómo ella no se cansa. Ahora me quedo con mis abuelitos, voy a la milpa y a la escuela autónoma... De por sí, cuando sea grande voy a tenerme que ir a la JBG, como voy a ser autoridad zapatista.<sup>16</sup> (RICO, 2018, p. 385).

Aunque apenas tiene 12 años, Freddy conoce bien la estructura del gobierno autónomo y sus instituciones locales, se reconoce a sí mismo zapatista y sabe que él será el encargado de continuar la lucha que iniciaron su madre y abuelo. La socialización temprana en un contexto de lucha política ha permitido a Freddy obtener un *capital rebelde*, es decir, un conjunto de saberes, conocimientos y habilidades que le permiten desenvolverse en el contexto y compartir su experiencia con los demás.

Alma, la hija de Gabriela, también es consciente del trabajo político-militar que desempeñan sus padres y le gustaría seguir sus pasos, aunque Gabriela prefiere que su hija participe en la estructura política-civil del movimiento.

Mi mamá es insurgente y tiene mando. Es teniente, es bien chingona. Mi papá es capitán, pero casi no lo veo... Mi mamá no es como las otras mamás ella sabe cazar, caminar en la noche, no le tiene miedo a nada. Yo quiero irme a la montaña, pero ella no, quiere que sea Comité de salud o educación... yo creo que lo importante es luchar, no.<sup>17</sup> (RICO, 2018, p. 385).

---

16 Entrevista a Freddy.

17 Entrevista a Alma (11 años).

El cambio generacional del zapatismo ha sido evidente en los más recientes eventos políticos, las nuevas generaciones, los adolescentes y jóvenes son los que asisten a las marchas y a los eventos políticos nacionales e internacionales<sup>18</sup>.

Una de las estrategias que las autoridades han promovido para que niñas y jóvenes no sean blanco de chismes como sus antecesoras, es que todas sus comisiones sean “en par”, una pareja formada por un hombre y una mujer de la misma familia. Esta condición ha permitido que los niños pueden ir con su mamá y las niñas con su papá, promoviendo la socialización y transmisión de conocimientos intergeneracionales en espacios políticos públicos. Desde la infancia, niños, madres y padres se saben familia, pero también compañeros de lucha.

Cada vez son más jóvenes los que se van de comisión. Primero las familias y autoridades platican con ellos, se les explica, no van a pasear, llevan nuestra palabra, nuestra lucha... estudian mucho antes de ir, se preparan. Después regresan a contar lo que pasó, traen toda la información a la asamblea para decidir juntos los trabajos que siguen.<sup>19</sup> (RICO, 2018, p. 384).

## A manera de reflexión

Aunque los logros zapatistas son evidentes, la contrainsurgencia continúa su camino colonizador con ataques de grupos paramilitares, desplazamientos forzados y asesinatos de militantes, sin olvidar las políticas de invisibilización y olvido implementadas en contra los movimientos indígenas y rurales. Muestra de esto es que, a casi 30 años del conflicto armado que empezó en 1994, muchos niños, jóvenes y adultos de las ciudades no conocen el movimiento zapatista ni las condiciones de pobreza y desigualdad social en las que sobreviven las comunidades indígenas, muy posiblemente porque – además de la represión y militarización – las luchas, saberes ancestrales y utopías indígenas han sido invisibilizadas en la historia oficial y en la enseñanza del pasado reciente.

La colonialidad del poder, del saber y del ser es parte de un pasado que sigue doliendo y que se ha instaurado en la cultura y educación de la sociedad mexicana en forma de racismo, apatía e indiferencia ante el desplazamiento forzado de comunidades indígenas, la detención y asesinato de defensores de recursos naturales y la desaparición forzada de estudiantes y maestros rurales.

Sin embargo, al interior de las comunidades zapatistas, las mujeres-madres siguen haciendo de lo personal algo verdaderamente político. Frente a la violencia del Estado y la represión impulsada por el sistema neoliberal para acabar con el proyecto zapatista, la *maternidad rebelde* se instaura como un acto político y de resistencia de las mujeres, cuya opción frente a la guerra es la vida, la continuidad de su cultura, lengua y organización.

---

18 “Marcha del silencio” (2011); la “Escuelita Zapatista” (2013); el evento luctuoso por Galeano en La Realidad (2014); los eventos políticos, artísticos y científicos (2017); y la “Travesía por la vida en la otra Europa” (2021), después de la Pandemia.

19 Entrevista a Amalia.

Por su parte los niños, niñas y jóvenes siguen soñando y resistiendo, fortaleciendo el proceso autonómico con su participación política, tal como lo hicieron sus madres y padres a su edad.

La idea de la organización, la defensa/cuidado de la madre tierra y la resistencia-rebelde se instituyen como parte sustancial de las *niñeces otras*, de sus sueños, esperanzas, memorias y como elementos constitutivos de su “ser humano”, de su “ser zapatista” ...



## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁVILA, Y. Las mujeres frente a los espejos de la maternidad. **Revista de Estudios de Género, La ventana**, Ciudad de México, n. 20, p. 55-100, 2004.
- CORONA, Y; PÉREZ. C. Infancia y resistencias culturales. La participación de los niños en los movimientos de resistencia comunitarios. In: RÍO LUGO, N. **La infancia vulnerable en un mundo globalizado**. Ciudad de México: UAM-Unicef, 2000. p. 127-145.
- ECHEVERRÍA, M; LUNA M. La subjetividad infantil en contextos de conflicto armado. **Argumentos. Estudios Críticos de la Sociedad**, Ciudad de México, n. 81, p. 39-60, 2016.
- EZLN. Ley revolucionaria de mujeres. **El despertador mexicano, órgano informativo del EZLN**, n. 1, dic./1993.
- FANON, F. **Los condenados de la tierra**. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1963/2001.
- FERNÁNDEZ, A. M. **Las lógicas colectivas: imaginarios, cuerpos y multiplicidades**. Buenos Aires: Ed. Biblos, 2008.
- FREIRE, P. **Pedagogía de la Autonomía: saberes necesarios para la práctica educativa**. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.
- HERNÁNDEZ, R. A. **La otra palabra: Mujeres y violencia en Chiapas. Antes y después de Acteal**. Ciudad de México: Ed. CIESAS, 1999.
- HERNÁNDEZ, A.; CANESSA, A. **Complementariedades y exclusiones en Mesoamérica y los Andes**. Quito: Ed. IWGIA; Abya-Yala; British Academy, 2012.
- HIDALGO, O. **Tras los pasos de una Guerra Inconclusa: doce años de militarización en Chiapas**. San Cristóbal de las Casas: CIEPAC A.C., 2006.
- MALDONADO, B. **Los indios en las aulas: dinámica de dominación y resistencia en Oaxaca**. Ciudad de México: INAH, 2002.
- MARTÍN-BARÓ, I. **Psicología social de la guerra**. San Salvador: UCA Editores, 1991.
- MELILLO, A. Sobre la necesidad de especificar un nuevo pilar de la resiliencia. In: MELILLO, A.; SUÁREZ, E.; RODRÍGUEZ, D. (Comps.). **Resiliencia y subjetividad: los ciclos de la vida**. Buenos Aires: Ed. Paidós, 2004. p. 77-90.
- MILLÁN, M. **Des-ordenando el género/¿des-centrando la nación?: El zapatismo de las mujeres indígenas y sus consecuencias**. Ciudad de México: Ed. UNAM, 2014.
- MORENO, M. F. **Infancia y guerra en Centroamérica**. San José: FLACSO, 1991.
- OLIVERA, M. La dimensión de género en las situaciones de guerra y las rebeldías de las mujeres en México y Centroamérica. In: ESCÁRZAGA, F.; GUTIÉRREZ, R.; CARRILLO NIETO, J. J.; CAPACE, E. NEHE, B. **Movimiento indígena en América Latina: resistencia y transformación social**. Ciudad de México: UAM-Xochimilco, Ed. BUAP, CIESAS, 2014. p. 387-410.
- OSPINA-ALVARADO, M. C. La subjetividad de niños y niñas en el conflicto armado colombiano: una construcción social. In: ALVARADO, S.; PATIÑO, J. **Jóvenes investigadores en infancia y juventud, desde una perspectiva crítica latinoamericana**. Manizales: Centro Editorial CINDE-Childwatch, 2013. p. 37-60.

PUNAMÄKI, R. L. Una infancia a la sombra de la guerra. Estudio psicológico de las actitudes y vida emocional de los israelíes y palestinos. In: BARÓ, I. M. **Psicología Social de la Guerra: trauma y terapia**. San Salvador: UCA Editores, 1990. p. 253-267.

QUIJANO, A. Colonialidad del Poder y Clasificación Social. In: QUIJANO, A. **Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad y descolonialidad del poder**. Buenos Aires: CLACSO. 2014. p. 285-327.

RAMOS, J. ¿Por qué Palestina-Israel es una cuestión de colonialismo de asentamiento? **Ayer**, v. 124, n. 4, p. 135-161, 2021.

RICO, A. **Infancias y maternidades zapatistas: subjetividades políticas emergentes en las prácticas educativas y de resistencia-rebelde frente a la contrainsurgencia en Chiapas**. Tesis (Doctorado en Investigación Educativa), Universidad Veracruzana, Xalapa, 2018.

RICO, A. Subjetividades zapatistas. Ser niña, niño y adolescente en contexto de contrainsurgencia, autonomía y resistencia-rebelde en Chiapas". In: PÉREZ, E.; PLASCENCIA, M.; VILLALOBOS, A.; GUTIÉRREZ, R. **Construyendo diálogos sobre derechos, políticas y participación**. San Cristóbal de las Casas: Ed. UNACH, 2019. p. 47-76.

RICO, A.; CORONA, Y; NÚÑEZ, K. La participación política de la niñez zapatista en Chiapas. Enseñanza y aprendizaje de la organización y la resistencia indígena. **Sociedad e Infancias, Madrid**, n. 2, p. 79-101, sep. 2018.

SORIANO, S. **Mujeres y guerra en Guatemala y Chiapas**. Ciudad de México: Ed. UNAM, 2006.

VILA, I. **Familia, escuela y comunidad**. Barcelona: ICE-Horsori, 1998.

**Resúmen** La participación de familias indígenas en el EZLN como bases de apoyo, han configurado al movimiento por décadas, siendo la presencia de las mujeres, niños y jóvenes zapatistas pieza clave para la resistencia, lucha y reproducción sociocultural de la rebeldía. Desde la década de los 80, mujeres y jóvenes comenzaron a integrarse al movimiento zapatista para enfrentar a la violencia y los procesos de neocolonización en los que sobreviven e interpelan las comunidades indígenas al capital global, pero también instaurando espacios para participar políticamente, rompiendo con los roles de género e intergeneracionales tradicionales. A través de relatos biográficos se hace un acercamiento al pasado reciente zapatista y a la pedagogía de la memoria y la resistencia construida desde la educación/socialización en la vida cotidiana, la cual ha permitido a mujeres, niños/as y jóvenes resignificar su ser madre, niño y joven en medio de la autonomía y frente a un proceso de contrainsurgencia colonizador.

**Palabras claves:** maternidades, infancias, contrainsurgencia, memoria, resistencia indígena.

#### **Resistência e memórias de maternidades rebeldes e infâncias outras diante da neocolonização**

**Resumo** A participação política de mulheres-mães, meninas e meninos zapatistas tem sido peça chave para a resistência, luta e reprodução sociocultural das comunidades rebeldes de Chiapas. Desde a década de 1980, mulheres e jovens começaram a aderir ao movimento zapatista para enfrentar a violência e os processos de neocolonização em que as comunidades indígenas sobrevivem e desafiam o capital global, mas também estabelecendo espaços para participar politicamente, rompendo com os papéis tradicionais de gênero e intergeracionais. Por meio de histórias biográficas, é feita uma abordagem ao passado zapatista recente e à pedagogia da memória e da resistência construída a partir da educação/socialização no cotidiano, que tem permitido às mulheres, crianças e jovens redefinirem o seu ser mãe, criança e jovem em meio a autonomia e enfrentando um processo de contrainsurgência colonizadora.

**Palavras-chave:** maternidades, infâncias, contrainsurgência, memória, resistência indígena.

#### **Resistance and memories of rebellious motherhoods and childhoods other in the face of neocolonization**

**Abstract** The political participation of Zapatista women-mothers, girls and boys has been a key piece for the resistance, struggle and sociocultural reproduction of the rebel communities of Chiapas. Since the 1980s, women and young people began to join the Zapatista movement to confront the violence and neocolonization processes in which their indigenous communities against global capital but also establishing spaces to participate politically, breaking with traditional gender and intergenerational roles. . Through biographical stories, an approach is made to the recent Zapatista past and to the pedagogy of memory and resistance built from education/socialization in daily life, which has allowed women, children and young people to redefine their being a mother, child and youth in the midst of autonomy and facing a colonizing counterinsurgency process.

**Keywords:** motherhoods, childhoods, counterinsurgency, memory, indigenous resistance.

**FECHA DE RECEPCIÓN:** 11/11/2023

**FECHA DE APROBACIÓN:** 09/01/2024



**Angélica Rico Montoya**

*Docente investigadora del Laboratorio en Interculturalidad de la Universidad Rosario Castellanos, Ciudad de México, México. Periodista y corresponsal de guerra en Chiapas. Maestra en Desarrollo Rural (Universidad Autónoma Metropolitana-X, UAM, México) y Doctora en Investigación educativa (Universidad Veracruzana, UV, México).*

*E-mail: [angelmayuk2001@yahoo.com.mx](mailto:angelmayuk2001@yahoo.com.mx)*